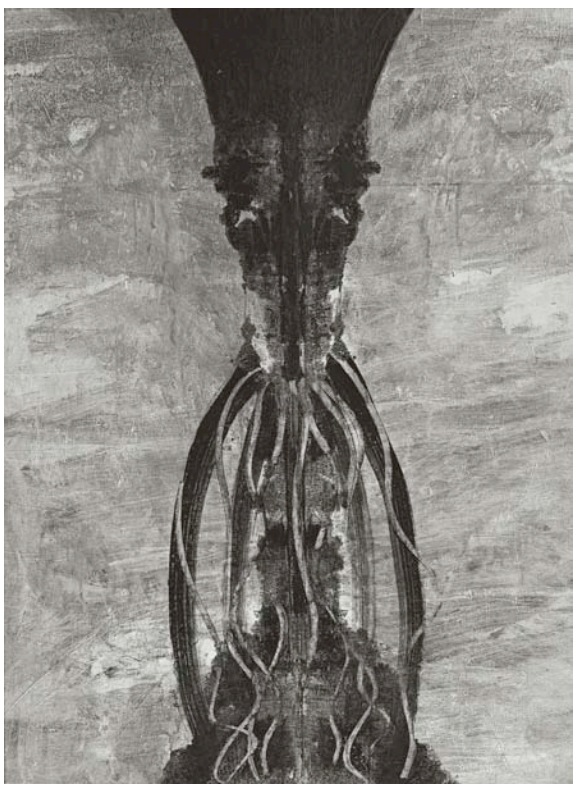
Primavera en Roma



Jaime Moroldo Lira

Roma no ha sido liberada: pasó de unas en otras manos, manos forasteras, dirán algunos. Aunque más exacto fuera afirmar que no fue de éstos ni de aquéllos: que ha seguido y seguirá siendo Roma, sencillamente. Como en los días de Atila, como en los de Belisario, de los lansquenetes o de Oudinot. Y no hablo únicamente por lo que a la urbe da sello de eternidad: sino por esa población, ese especial carácter que confunde en un ser, único y el mismo, al transtiberino del Imperio y al cliente de las baronías, al seor Meo Patacca con el papalino negro o el dopolavorista en su dominical salida *fuori Porta.*

Hablo de la Roma que trae su vino de los Castillos en carros pintarrajeados; de la que asiste desde siglos a las conferencias de la Chiesa Nuova, inquiere los números que ha de jugar en lotería en la procesión de San Juan Degollado, templa sus noches veraniegas en la escalinata de la Plaza de España, teje amoríos a la sombra de solemnes piedras derrumbadas por e1 Agro; y no se aleja de la Ciudad sin arrojar su óbolo a la fontana de Trevi, en prenda de seguro regreso.

Ciudadanía que, por encima de políticas y banderas, con perennidad que rebasa los siglos, constituye la esencia de ese rincón de mundo. Sin fijarse en aquéllas ha asistido a la marcha de unos, ha servido a la entrada de los otros: con ese aire dominguero de salida al campo que la guerra y el asedio habían hecho caer en desuso. Y esta es su liberación, no lo dudéis.

Queda el otro sumando: el de los que se van por respeto, el de los que con respeto llegan. La cabeza vuelta aún hacia la ciudad, de quienes han de acogerse a otras latitudes; el ánimo de los que ya entran por los aledaños, ya están pisando las piedras de la ciudad augusta.

Yo los imagino, a los unos, cruzando el puente Milvio, cruzando el de Santángelo, bajo las miradas de arcángeles y

apóstoles. Descolgándose, los otros, en el atardecer dorado y cárdeno, por el bosque secular de Castelgandolfo; dejando las cascados y jardines de Tívoli; viniendo de las marismas de Eneas; embocando la recta indeleble del Apria sepulcral; rebasando los pegotes modernos en el paisaje desolado: Cinecittà, Guidonia, el Hipódromo, las antenas de la Radio, el suburbio y las fábricas, cuando sobre el poniente se habrán recortado –en secular conversación no interrumpida– las estatuas barrocas que coronan Santa Cruz y Letrán. Me los imagino bajo el arco de Druso, sobrecogidos al ganar las murallas de Aurelio, al adentrarse entre las termas de Caracalla y el Colle Oppio: cuando el pie levanta polvo que es Historia y el ojo no se posa sobre piedra que no esté reseñada en tratados y catálogos.

Al pie de esa pirámide, una losa sin nombre («Yace aquí uno cuyo nombre fue escrito en el agua») cubre los restos de Keats; los de Shelley, al lado. En cambio, por San Juan de Letrán, han subido al lugar en que una nevada de verano marcó el área exacta para el mayor templo dedicado a Santa María. De allí, la teoría de obeliscos, de templos, de fontanas se explaya por los manchones verdes de la Villa Borghese, hacia el peine arbolado de Monte Mario, hasta la octava colina de Roma: la que Miguel Ángel levantara a gloria de San Pedro. Y al morir el día, el faro tricolor del Janículo viene a señalar el inconmovible solar de la urbe.

Estos son los foros, esos, los campos de reliquias cristianas; aquéllas, las galerías de antigüedades, de pinturas, de joyas de las Letras y las Artes. Aquí vuestros mayores, vuestros mejores, se prosternaron, se pulieron y contribuyeron a la salvaguardia de dos mundos. La guerra –las guerras– no pudieron deshacer tales vínculos humanos. Llevaréis, como Aníbal, la guerra a los campos de guerra. Dejad –como vuestros adversarios de hoy– Roma al signo de Roma El *popolino* festejará la próxima sanjuanada con el fragor de las luperca-les, al son de las añosas campanillas de barro. Y refulgirá al sol la sonrisa de esa Roma venusina cuyo símbolo siempre fue la primavera.

Article publicat a La Vanguardia Española *el 8 de juny de 1944*